

**- Relato ganador del I Certamen de Relatos
sobre Derechos Humanos-**

QUERIDO AWOOWE

Pablo Ruiz Martín

Hamza se marchó de la habitación hacia el cuartel general de Al-Shabaab, allá en Luuq. Amira se levantó en seguida de la cama y entró al baño, tal y como llevaba deseando hacer desde que él entró en la cama, la noche anterior. Echó el pestillo, se sentó en la taza y empezó a orinar. En el primer momento que apretó, le sobrevino una intensa puñalada de dolor. Durante un segundo, Amira gritó intensamente, antes de mirar el interior del inodoro y ver como su sangre había teñido el agua de un rojo claro. Se levantó y tiró de la cadena, aún con un tenue dolor. Le entró una arcada, la contuvo. Le vino una segunda y no pudo contenerla. Empezó a llorar. A llorar desenfrenadamente. A llorar sin control. Sabía que Hamza se había tomado un café rápido y se había marchado, no podría oírla esta vez.

Sin dejar de sollozar, se limpió los ojos con papel higiénico, fue a la mesa del dormitorio y cogió un bolígrafo y unos cuantos papeles arrugados y sucios que había ido consiguiendo en la última semana. Llevaba tiempo pensando en escribir. Palabras, desde luego, no le faltaban, y su destinatario no iba a ser otro que aquel que le había enseñado a escribir años atrás, su abuelo.

Por si llegaba Hamza y la veía escribiendo, decidió meterse en el servicio a redactar su carta. Echó de nuevo el pestillo y, postrada ante el inodoro, puso el papel encima de la taza. Justo antes de

lanzarse a escribir miró a su derecha, por la ventana, antes de suspirar. Desde el segundo piso, donde se encontraba, podía contemplar el curso del río Juba en la orilla Oeste de la ciudad. Se respiraba un aire limpio, tropical, digno de los valles de los grandes ríos del sur de Somalia. Ese mismo río lo estaría mirando su abuelo a muchos kilómetros al sur. Ella estaba en Luuq, una antigua localidad del suroeste de Somalia, extraordinariamente flanqueada por el río como una bufanda al cuello. Sin embargo, tan solo llevaba allí diez días. Durante el último año y medio había estado yendo de un lugar a otro del sur de Somalia y, a veces, a los campos de refugiados de Kenia. Su abuelo seguiría viviendo en Kismaayo, en la misma casita a las afueras, cerca de la orilla del río, por donde tantas tardes habían paseado juntos. Recordaba esos tiempos con añoranza tal, que en el recuerdo esos días se le antojaban lejanos y ocurridos en otra vida, a otra persona. Todo había cambiado.

Empezó a escribir:

“Querido *awoowe* Bashir, te deseo un feliz cumpleaños. Espero que Alá te dé salud y vivas mucho, mi *awoowe*, como siempre has sido tú. Debería estar contigo ahora mismo, como en tu último cumpleaños, que estuve en Kismaayo y comimos tu delicioso *barris*. Recuerdas que después paseamos juntos por la playa y nos bañamos en el mar. Te parecías mucho a tus fotos de cuando eras joven y te bañabas con la *ayeeyo*.”

“Mi *awoowe*, tienes que saber que yo no me fui de Kismaayo. Yo acudí al colegio igual que siempre y fui a la clase de Historia como todos los lunes. Pero de repente, cuando la maestra Ifrah nos estaba explicando la colonización europea de Somalia entraron *Los Jóvenes Muyahidines*. Empujaron la puerta e irrumpieron seis hombres vestidos con atuendo militar. El primero miró a la maestra y luego a la pizarra donde se veía escrito “*Italy*”. De repente le propinó un bofetón a la maestra Ifrah, que se cayó al suelo. Después de que se la llevaran, el hombre alto y con barba larga y negra que había pegado a la

maestra, nos dijo a todos los niños que íbamos a liberar al Islam y a Somalia de los occidentales y de los *apatastas*, *postastas* o no sé qué (más tarde comprendí que dijeron *apóstatas*). Entonces, los otros cinco hombres altos y con barbas muy grandes nos sacaron de la clase.”

“En la calle, vi un hombre y una mujer ancianos tirados en el suelo. Tenían manchas de sangre en el pecho, algunos dijeron que estaban muertos. Yo me asusté, porque el hombre me recordó a ti. Le pregunté a uno de los hombres qué le había pasado al anciano. Él me contó que ambos eran *póstastas* y que habían muerto por adoctrinarnos en la educación occidental. Justo entonces me di cuenta que era el maestro de matemáticas Halman. Tenía mucho miedo.”

“Nos dividieron entre chicos y chicas. A nosotras nos mandaron en camión a las afueras de la ciudad, donde nos volvieron a dividir. A mí me llevaron con el grupo de chicas mayores. Tenía mucho miedo. Nos llevaron a Baardheere. Durante el viaje en la parte trasera del camión, no hablé con ninguna de las chicas, pero ellas estaban mucho más asustadas que yo. Decían que nos iban a casar. Yo no entendía porque les aterrizzaba tanto eso. De las ocho que éramos, solo había una que no hablaba, aparte de mí. Era poco mayor que yo, de unos diecisiete, pero más menuda y de mi altura. Pasadas unas horas, nos dejaron bajar del camión para orinar. Estábamos en un sendero de pastores cerca de un arrozal y del bosque tropical. Entonces, me acerqué a ella y le pregunté qué estaba pasando. Me miró muy fijamente durante unos segundos; vi desconfianza en sus ojos. Me dijo que Al-Shabaab nos había secuestrado, pero eso yo ya lo sabía, así que le pregunté qué querían de nosotras. Ella me contó que solo había una función para las mujeres entre las filas de *Los Jóvenes Muyahidines*, la esclavitud sexual, el matrimonio con uno de sus miembros. Sin acabar de entender muy bien el sentido de esto, le pregunté qué pasaría si no nos queríamos casar. Sin explicación alguna ella me sonrió con los ojos humedecidos, y con gran ternura me abrazó. Entonces no entendí nada. No volvimos hablar en el resto del viaje. Me pongo a recordar

esa inocencia que perdí hace poco más de un año y me da la impresión que aquella chiquilla era otra persona completamente diferente a mí; feliz y risueña. Separadas en el tiempo y el espacio, me hermano de corazón a esa mujer anónima, que fue capaz de entregarme sus últimos vestigios de amor en un mundo donde ninguna lo tuvimos. Le deseo más suerte que la que yo he tenido desde que nos separamos.”

“Al llegar a Baardheere me volvieron a separar. Me metieron en un sótano con cuatro chicas, esta vez más jóvenes, de mi edad. Era un subterráneo muy estrecho, con dos pequeñas ventanas y dos camas individuales mirándose, delante de una mesa acompañada de dos sillas. Nos daban de comer arroz y teníamos una cama para cada dos, pero pese a todo no comíamos ni dormíamos casi nada, tampoco hablamos. Se respiraba una quietud temible. Las chicas estaban como abstraídas, parecían autómatas fingiendo ser personas. Poco a poco empecé a imaginarme mi cometido allí.”

“Mis inocentes dudas se resolvieron a la tercera noche. Desde que nos dieron la cena ya se empezaron a oír gritos y risas de los soldados del piso de arriba. El ruido no cesó hasta más de medianoche. Se empezaron a oír pasos cada vez más cercanos, torpes y sonoros, hasta que, como todas suponíamos, se abrió de golpe la puerta. Eran dos de los hombres que nos habían traído al sótano.”

“El más alto, se aventuró al interior de la habitación y se acercó a mi cama. Mi incertidumbre se tornó rápidamente en pavor. Sin embargo, se quedó mirando fijamente a mi compañera de cama, Nasrin. Fugazmente me apuntó con su mirada, irritado y me dijo que me fuese de la cama. Yo levanté la cabeza y vacilé, me quedé petrificada. Empecé a respirar muy seguido, notaba como él se ponía nervioso. Se me pararon las extremidades y la mente. En un momento, me vi tirada en el suelo cerca de la cama. El tiempo se detuvo y noté como me empezaba arder un pómulo. Sin apenas tiempo para pensar que había pasado, sentí un intenso dolor en el abdomen. Intenté gritar. No podía respirar. Él me propinó otra patada. El corazón se me iba a

salir del pecho. Me alejé de mi agresor, que vio como conseguía lo que pretendía. Me agazapé a la esquina recuperando la respiración. Él apenas me prestó más atención. Se tumbó en la cama justo detrás del cuerpo de Nasrin, mi compañera de cama. Ella ni se movió, estaba en la misma postura que cuando él había llegado. La empezó a lamer el cuello. Seguía quieta. De repente, como un perro en celo, se subió encima de ella. Por el brusco movimiento, Nasrin puso su cara mirando para el lado contrario, hacia mí. Vi sus ojos, estaban húmedos, tenían la mirada perdida. Mientras, él, torpe y frenéticamente le bajaba los pantalones. Vi a Nasrin, tenía la misma expresión de insensibilidad que cuando habían llegado, parecía como si hubiese sabido lo que iba a pasar desde que empezó a oír los gritos en la cena. Entonces comenzó, el animal procedió a cumplir su función vital, sin importar el qué, el quién o el cómo; embestida tras embestida. Sumido en su vorágine de placer y violencia, me conmovió ver que Nasrin apenas se inmutaba, inmóvil. Entonces vi su mirada. Esos negros y vacíos ojos me apuntaban, pero no me veían, Nasrin no estaba en ellos. Había abandonado su cuerpo, no sentía. Era una mirada aterradora. Era la mirada del miedo hecho rutina; de la impotencia de ser víctima ante la más cruel inhumanidad; la de la inmunidad al dolor humano, al haber sido privada de esa condición; era la mirada de la resignación ante el calvario, el calvario de la anulación de la persona convertida en objeto”.

“Estuvimos cuatro noches más, mi *awoowe*. Por suerte, no bajaron al sótano para nada más que para darnos la comida. Se respiraba un miedo hediondo que impregnaba como un moho todas las paredes del sótano. Recuerdo que, cuando pensé cómo se podrían haber acostumbrado a algo así, sentí tal confluencia de sentimientos, pena, idolatría, ira, que me entró una profunda arcada. Después de vomitar se me ocurrió la estúpida idea de preguntarle a Nasrin si podría ayudarla en algo. Su respuesta fue un *no gracias* completamente impasible, digno de quién ha sido enajenada de las fuerzas para vivir”.

Amira dejó de escribir. Se echo hacia atrás, recostando sus muslos en los talones. Era sorprendente cuánto le habían impactado los sucesos de Baardheere y lo mucho que, inconscientemente, había intentado borrarlos de sus recuerdos. Le entraban escalofríos al mirar. Desde entonces había pasado mucho tiempo y, para su desgracia, no había sido solo una vez la que se había visto en el lugar de Nasrin. Pero aquello le había arrebatado de golpe la esperanza, los últimos vestigios de infancia que albergaba y cualquier capacidad de ser feliz en esa vida. Ese día nació en ella un nuevo instinto fundado en el miedo y el odio oculto.

Miro de nuevo el río por la ventana. Tenía un color marrón claro, como de batido de chocolate. Por él fluían pequeños bajeles de pescadores que disfrutaban del frescor fluvial en una mañana luminosa. Durante un segundo se derrumbó el tormento que llevaba a su espalda y, contra toda expectativa razonable, Amira sonrió. Es realmente sorprendente como algunas personas que cargan con tan sobrecogedor pasado a sus espaldas y con el mismo futuro a su frente, en un determinado momento tienen la inapreciable valentía de sonreír, liberándose de sus cadenas y sus penas durante un solo instante.

Amira volvió al mundo real y fue a por más papel para escribir. Había pasado casi una hora desde que Hazma se había marchado. Aún tenía tiempo de terminar su carta.

“Querido *awoowe*, me sacaron del sótano diez días después de haber entrado cautiva. A mí me llevaron ante un eminente soldado del Movimiento. Entonces, recuerdo haber pensado que él no sería un brutal perro como los escoltas del sótano. Él sería un verdadero musulmán como tú me enseñaste. Se llamaba Hazma. Era alto, cercano al 1,90, esbelto, tendría cerca de treinta años, atractivo, iba a ser mi esposo. Me escogió como quién elige una res de ganado o una pieza de fruta del mercado. Nunca he sido muy guapa, mi *awoowe*, pero creo que él me escogió porque era la más joven. De entre las cuatro chicas que éramos del sótano y otras tres, Hazma tan solo me

señaló para elegirme como futura esposa. No dijo nada, Hazma nunca dice nada. Al día siguiente por la mañana se celebraría la boda”.

“La ceremonia fue breve. Había muchas más uniones a la espera, todas ellas, de mujeres y niñas secuestradas que iban a profesar amor y sumisión de por vida a sus secuestradores. La mayoría se hacían a la vez con otras bodas, pero Hazma tenía el “privilegio” de poder casarse solo. Nos casó el comandante en jefe del destacamento, que hacía de imán. Tenía el Corán en frente pero tuvo la minúscula decencia de no leer sus bellos poemas ante semejante crimen. Mi tutor fue el soldado que nos había encerrado en el sótano, el mismo que me había pegado y luego había violado a Nasrin. Mi boda fue breve y fría. Hazma no dijo nada. No hubo fiesta, no hubo banquetes”.

“Después de la ceremonia, me llevó a su habitación. Era un dormitorio sencillo y estrecho para él solo, con cocina y cacharros, como a su rango correspondía. Al abrir la puerta, me invitó a entrar agarrándome por el brazo. Sabía lo que iba a suceder y estaba muerta de miedo.”

“Me vino a la mente la chica del camión que me miró con afecto cuando le pregunté qué pasaría si nos negábamos. Parecía una ironía exageradamente cruel. Me acordé también de Nasrin y me pregunté si sería capaz de evadirme de mi cuerpo como ella y dejar de sentir.”

“Iba a doler, no podía resistirme, dolería más. Mi *awoowe*, no sé que me dolió más, sí lo que me hizo esa noche Hazma o mi docilidad ante ello. Me empujó a la cama, era dura pero ancha. Allí, tirada, vi al hombre que iba a violarme. Es sorprendente mi *awoowe*, cómo asumir lo que esa bestia iba a hacer conmigo me facilitó convertir el miedo en repulsión y la repulsión en el más profundo y sólido de los odios. Pero aún imperaba el miedo en mí y esa noche iba a probarlo de primera mano. Como si fuese una vaca a la que es necesario ayudar para colocarse en posición para ordeñar, me cogió de

las caderas y me dio la vuelta. Después me bajó el pantalón y la ropa interior. Intenté evadirme, intenté escapar, salir de ese cuerpo del que estaban a punto de privarme. No pude. Sentí todas y cada una de sus embestidas, sentí como sangraba en mi interior, sentí su espantoso aliento en mi nuca, sentí todo el dolor que me había imaginada aquella noche en el sótano y mucho más.”

“Mi *awoowe*, no quiero alargarme en repetir todos y cada uno de las torturas a las que me he visto sometida desde ese día de mi boda hasta hoy, porque me harían falta más de estos tristes folios. Salimos de Baardheere dos meses después de la boda y cada una de esas noches sufrí el mismo tormento. A veces, parecía molestarle mi docilidad artificial y me pegaba sin ninguna razón aparente. Había noches que parecía disfrutar más con las palizas que con las violaciones. No sé cómo explicarte, mi *awoowe*, como me sentía. A decir verdad, el momento de los golpes y de los abusos era profundamente doloroso, pero pasado el dolor físico, el cual se aprende a eludir, empiezas a reflexionar.”

“Mi *awoowe*, en verdad, me gustaría no haberlo considerado, pero esas largas noches donde lo último que podía hacer era dormir, pensaba mucho y en mi llanto solo me imaginaba dos salidas a todo esto. Siempre tenía a mano el arma de Hamza, que dejaba en la silla junto a su ropa. Sabía lo que les hacían a aquellas mujeres que se defendían y agredían a sus maridos, y podía imaginarme lo que harían si les mataban. Pero no había cosa en el mundo que desease más que ver los sesos de Hamza tiñendo las sabanas del mismo rojo que las coloreó el día en que me despojó de mi dignidad; quería ver en sus ojos el mismo miedo que llevaba respirando yo desde el día que me sacaron de Kismaayo; mi mayor deseo era torturarlo igual que él hacía conmigo, para después matarle lentamente. La venganza sería mi único consuelo para poder morir torturada y en paz. Pero no pude, mi *awoowe*, no fui capaz de levantarme de la cama ni un solo día. Él siempre dormía por la noche, no hubiese sido complicado, podría

haber errado cuatro disparos antes de que se despertase y me quitase el arma. No pude, no sé porqué.”

“Durante las tardes y mañanas que me quedaba sola en casa, me pasaba el tiempo tirada en la cama, cuando terminaba de fregar los cacharros y el resto de las labores que me obligaba a cumplir. A veces también me venía a la mente acabar con esto yo misma. Vivíamos en un cuarto piso, la posibilidad de matarse era pequeña, pero si caías de cabeza todo se resolvería en un brevísimo instante de dolor. Me acercaba un millar de veces a la ventana, miraba el escaso espacio que me separaba del suelo y me aterrorizaba. En realidad, creo que no era tanto el matarse lo que me aterraba, sino la propia caída, que por pequeña que fuera me repelía como un imán. Tampoco me atrevía a matarme; de hecho, menos que a matarle a él. Un día, me vino a la mente, como de costumbre, tirarme, pero comencé a cavilar más y pensé que si había alguna razón para haber aguantado tantas torturas hasta ahora, era matar a Hazma antes de matarme yo. Entonces decidí que el único requisito para que yo pudiese morir era que no lo hiciese sola”.

“Marchamos hacia Mogadiscio por la mañana. Era la primera vez en cuatro meses que salía a la calle. Hazma me obligó a ponerme el *hiyab*, no sin antes propinarme dos guantazos. El odio y la venganza eran mi aliento para aguantarlos. Aunque en esos momentos deseaba sacarle los ojos a puñaladas, la verdad era que, cuando realmente tenía oportunidad, el miedo me congelaba la mente y las extremidades”.

“Siempre me gustó llevar el *hiyab*, tú ya lo sabes bien, mi *awoowe*, pero la imposición es muy diferente, tú lo sabes. Me comí los pocos restos que me atrevía a llamar orgullo y me imaginé que me lo ponía por voluntad propia, aunque de nada sirvió”.

“Tardamos casi catorce horas en llegar a las afueras de Mogadiscio. Éramos una comitiva de cuatro coches y una furgoneta. En la capital nos alojamos en un piso muy similar al de Baardheere,

solo que este sufría muy de vez en cuando problemas en las cañerías, impregnando la habitación de un hedor insoportable”.

“Aquí no cesaron las palizas y los abusos, a decir verdad, desde la noche de bodas no cesaron. El miedo, el odio y el suicidio son para mí como las tres comidas del día. No hay minuto que no se me pasen las tres por la cabeza”.

“Mi *awoowe*, la persona que hoy te escribe es muy diferente a la que viste ese último lunes en Kismaayo. Este animal que tengo por marido y toda su calaña de bestias crueles alimentadas por la muerte y la violación han conseguido su cometido, convertirme. Ya no soy una niña. Tampoco creo que sea adulta”.

“No estuvimos más de tres semanas en Mogadiscio. Un día llegó Hamza sudoroso y agitado, con manchas de sangre en la camiseta, me agarró del brazo y me llevó al coche. Salimos de Mogadiscio corriendo. Hazma nunca fue de muchas palabras; ya ves lo que me dijo el día que se casó conmigo, el día que me desvirgó, o ese mismo día que se supone que me salvó la vida, aunque creó que pasó por el piso a recoger el dinero que tenía guardado bajo la cama y al ver que estaba ahí, aprovechó. Tardaría en enterarme más de un mes de lo que había pasado aquel día. Al parecer las fuerzas conjuntas de los federales y las misiones africanas habían masacrado a la inmensa mayoría de los militantes de Al-Shaabab de Mogadiscio. Fue una carnicería”.

“Así es nuestro país, mi *awoowe*. En Somalia la única moneda de cambio es la sangre. Nuestros asesinatos, nuestra hambruna, nuestras vidas mismas, son millones de testimonios vivientes de lo que nos han hecho ser. Es la historia de nuestra patria, mi *awoowe*, la historia que tú me enseñaste, la historia de un pueblo sometido, de un pueblo corrompido, la historia de un pueblo hambriento de libertad”.

“Durante los siguientes meses recorrimos todo el Sur de Somalia. Llegamos incluso a cruzar la frontera keniana. Según Hazma, iban a liberar a los musulmanes somalíes que habían sido secuestrados por las fuerzas de Occidente allí. Esto significaba la invasión de campamentos de refugiados y el consecuente secuestro de somalíes que habían escapado de ese mismo terror que había vuelto para atormentarles de por vida. A la vuelta de Kenia estuvimos un mes en Garbahaarrey, una ciudad árida, rodeada de montañas. Me pareció un paisaje muy bonito”.

“Hace diez días que llegamos a Luuq, he vuelto a ver el Juba, a decir verdad, mi *awoowe*, lo estoy viendo ahora mismo. Me recuerda a ti”.

De nuevo, como un ritual obligado, volvió a mirar por la ventana. Miró de nuevo el río. Suspiró.

“Mi *awoowe*, estoy embarazada. Levó en mis entrañas el fruto de la violación. Estoy confusa. Enteramente confusa. No sabía que el odio se podía transformar en dudas, unas dudas que nublan mi deseo de matar a ese animal. Era extraño que aún no me hubiese quedado en cinta, supongo que Alá ha hecho lo posible por no gestar la semilla de Hazma en mi interior. Ya me lo ha reprochado él muchas veces en sus incontables palizas, que no le daba descendencia. La verdad, que me gustaba que fuese así. Poder proporcionarle sufrimiento dentro de mi servil actitud; ver como su desenfrenada agresividad de nada servía contra lo que más deseaba”.

“Este retoño solo sobrevivirá si no conoce a su padre. Pero eso lo veo imposible. Tengo que matar al niño. No, tengo que matar a Hazma. O matarme yo”.

“A veces pienso que es egoísta por mi parte pensar estas cosas. Y luego me preguntó en pos de quién soy egoísta. ¿De aquel me ha sumido en la tortura y la infelicidad? ¿De mí misma? ¿De ese embrión

que no debe ser más grande que la punta de un alfiler? Ni siquiera Hazma lo sabe. A lo mejor una de estas noches mata él mismo a su hijo. Estúpido animal, sólo sabe pegar, matar y violar. No, el niño no merece la muerte por tener un padre que sí la merezca. Debe ser Hazma el que muera”.

De repente le entró una arcada. Vomitó el poco líquido que le quedaba en su cuerpo. Debería comer. No, no podía, tenía que terminar su carta. Inclínada ante la taza y viendo sus penosas babas, le entró una profunda rabia. Entre lágrimas escribió:

“Mi *awoowe*, ¿por qué me pasa esto a mí? ¿Qué he hecho yo? ¿Por qué me toca a mí vivir esto? ¿Por qué hacen esto? ¿No me enseñaste tú que el Islam es paz, es tolerancia, es amor? ¿Por qué las bestias han convertido a mi Dios en un cómplice de sus crímenes, de los que soy víctima? ¿Cómo puedo encontrar a Alá en estos momentos? ¿Cómo puedo si quiera creer que existe él o cualquier fuerza superior?”.

Otra arcada. Se inclinó. No quedaban más fluidos por expulsar. Entre ira y lágrimas volvió a mirar por la ventana. De nuevo el río de su abuelo la relajó.

“Mi *awoowe*, estoy escribiendo esta carta desde mi servicio en Luuq. Me voy a escapar. Cogeré el dinero que guarda Hamza debajo del colchón, saltaré por la ventana y con suerte no me romperé nada, vivo en un segundo. Correré al río, espero que nadie me detenga. Allí haré lo posible para pagar algún un barco y bajaré el río hasta Kismaayo. Guardaré el resto del dinero para comprar comida en otro pueblo y para intentar enviarte esta carta, creo que tendré suficiente”.



“Siempre he querido salir de aquí, pero la venganza me ataba a seguir junto a él. Necesitaba menos morir que matar a Hamza. Pero ahora es diferente, mi muerte significa más que antes y me niego a pensar que la criatura que llevo en mis entrañas tenga cualquier relación con el monstruo que tengo por marido. Es mi hijo y si solo vivirá si yo lo hago. Moriré antes que dejar que Hamza pueda verlo, tocarlo o si quiera saber que su putrefacta semilla ha dado el resultado que lleva esperando año y medio. Mi muerte solo tendría sentido ahora si lucho por sobrevivir, por el futuro de ambos. Es mi hijo, solo y únicamente mío. Mi venganza, mi odio, mis ganas de matarle y matarme solo podrán resultar si se tornan en amor hacia mi hijo, alejada de él. Necesito dar la vida a mi hijo para poder recuperar la mía”.

“Puede que en esta última prueba en la que me aventuro, mi *awoowe*, encuentre mil percances; sí al caer me rompo una pierna, si no consigo una barca, si me alcanzan en el río o no puedo conseguir comida o agua, haré todo lo posible porque recibas esta carta y veas lo que le ha pasado a tu *maayso*. Que si no llega a verte quiere que sepas que te quiere más que a ella misma. Feliz cumpleaños mi *awoowe*”.

Amira se limpió las lágrimas con la muñeca, dobló las hojas y las enrolló en una goma que guardaba en su tobillo, guardó su carta enrollada en su brazo y rompió el bolígrafo. Se acercó a la ventana, miró al Juba y con todo el coraje que pudo sonrió de nuevo al río de su abuelo, antes de saltar.